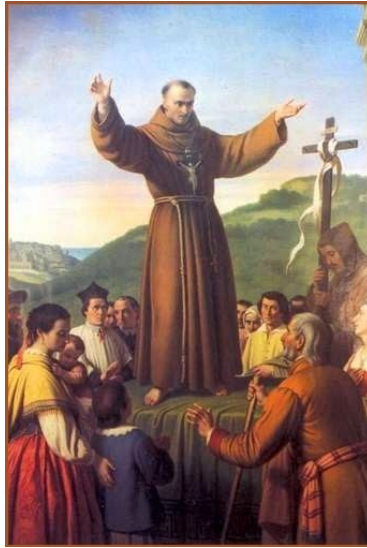


El pequeño número de los que se salvan



San Leonardo de Puerto Mauricio fue un fraile franciscano muy santo que vivió en el monasterio de San Buenaventura en Roma. Él fue uno de los más grandes misioneros en la historia de la Iglesia. Solía predicar a miles de personas en las plazas de cada ciudad y pueblo donde las iglesias no podían albergar a sus oyentes. Tan brillante y santa era su elocuencia que una vez cuando realizó una misión de dos semanas en Roma, el Papa y el Colegio de Cardenales fueron a oírle. La Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, la adoración del Santísimo Sacramento y la veneración del Sagrado Corazón de Jesús fueron sus cruzadas. No fue en pequeña medida responsable de la definición de la Inmaculada Concepción hecha poco más de cien años después de su muerte. También nos dio las Alabanzas Divinas, que se dicen al final de la Bendición. Pero el trabajo más famoso de San Leonardo fue su devoción a las Estaciones de la Cruz. Tuvo una muerte santa a sus setenta y cinco años, después de veinticuatro años de predicación sin interrupciones. Uno de los sermones más famosos de San Leonardo de Puerto Mauricio fue !El Pequeño Número de los Que Se Salvan! En el que se basó para la conversión de grandes pecadores. Este sermón, así como sus otros escritos, fue sometido a examinación canónica durante el proceso de canonización. En él se examinan los diferentes estados de vida de los cristianos, y concluye con el pequeño número de los que se salvan, en relación a la totalidad de los hombres. El lector que medite sobre éste notable texto aprovechará la solidez de su argumentación, la cual le ha valido la aprobación de la Iglesia. Aquí está el vibrante y conmovedor sermón de éste gran misionero.

Introducción:

Hermanos, por el amor que tengo por vosotros, desearía ser capaz de aseguraros con la perspectiva de la felicidad eterna a cada uno de vosotros diciéndoos: Es seguro que irás al paraíso; el mayor número de los cristianos se salva, por lo que también tú te salvarás. ¿Pero cómo puedo daros esta dulce garantía si os rebeláis contra los decretos de Dios como si fuerais sus propios peores enemigos? Observo en Dios un deseo sincero de salvaros, pero encuentro en vosotros una inclinación decidida a ser condenados. Entonces, ¿qué voy a hacer hoy si hablo con claridad? Seré desagradable para vosotros. Pero si no hablo, seré desagradable para Dios.

Por lo tanto, voy a dividir éste tema en dos puntos. En el primero, para llenaros de terror, voy a dejar que los teólogos y los Padres de la Iglesia decidan sobre el tema y declaren que el mayor número de los cristianos adultos son condenados; y en adoración silenciosa de ese terrible misterio, mantendré mis sentimientos para mí mismo. En el segundo punto trataré de defender la bondad de Dios de los impíos, al demostraros que los que son condenados son condenados por su propia malicia, porque querían ser condenados. Así entonces, aquí hay dos verdades muy importantes. Si la primera verdad os asusta, no me guardéis rencor, como si yo quisiera hacer el camino hacia el Cielo más estrecho para vosotros, porque quiero ser neutral en éste asunto; sino más bien guardarle rencor a los teólogos y a los Padres de la Iglesia, quienes grabarán esta verdad en vuestros corazones con la fuerza de la razón. Si vosotros sois desilusionados por la segunda verdad, dad gracias a Dios por esta, pues Él sólo quiere una cosa: que le deis vuestros corazones totalmente a Él. Por último, si me obligáis a decir claramente lo que pienso, lo haré para vuestro consuelo.

La enseñanza de los Padres de la Iglesia:

No es vana curiosidad, sino más bien una precaución saludable proclamar desde lo alto del púlpito ciertas verdades que sirven maravillosamente para contener la indolencia de los libertinos, que siempre están hablando de la misericordia de Dios y de lo fácil que es convertir, que viven sumidos en toda clase de pecados y se quedan profundamente dormidos en el camino al infierno. Para desilusionarlos y para despertarlos de su letargo, hoy vamos a

examinar esta gran pregunta: ¿Es el número de cristianos que se salva mayor que el número de cristianos que se condena?

Almas piadosas, pueden irse; éste sermón no es para vosotros. Su único propósito es contener el orgullo de los libertinos que echan el santo temor de Dios fuera de su corazón y unen sus fuerzas con las del diablo. Para resolver esta duda, pongamos a los Padres de la Iglesia, tanto griegos como latinos, por un lado; por el otro, a los teólogos más sabios e historiadores más eruditos; y dejemos la Biblia en el centro para que todos la vean. Ahora, no escuchéis lo que yo voy a decir -pues ya he dicho que no quiero hablar por mí mismo o decidir sobre la materia-, sino más bien escuchad lo que estas grandes mentes tienen que deciros, ellos que son faros en la Iglesia de Dios para dar luz a los demás para que no perdáis el camino al Cielo. De esta manera, guiados por la triple luz de la fe, la autoridad y la razón, vamos a ser capaces de resolver este grave asunto con certeza.

Notad bien que no se trata aquí de la raza humana en su conjunto, ni de todos los católicos sin distinción, sino sólo de los católicos adultos, que tienen libertad de elección y por tanto son capaces de cooperar en el gran asunto de su salvación. Primero consultemos a los teólogos reconocidos por examinar las cosas con más cuidado y no exagerar en su enseñanza; escuchemos a dos sabios Cardenales, Cayetano y Belarmino: Ellos enseñan que el mayor número de los cristianos adultos son condenados. Citaré también a Suárez, después de consultar a todos los teólogos y de hacer un estudio diligente del asunto, escribió: *El sentimiento más común que se tiene es que, entre los cristianos, hay más almas condenadas que almas predestinadas.*

Añadid la autoridad de los Padres griegos y latinos a la de los teólogos, y vosotros encontraréis que casi todos dicen lo mismo. Éste es el sentimiento de San Teodoro, San Basilio, San Efrén y San Juan Crisóstomo. Es más, según Baronio era una opinión común entre los Padres griegos que esta verdad fue expresamente revelada a San Simeón Estilita y que después de esta revelación, fue para asegurar su salvación que él decidió vivir en lo alto de un pilar durante cuarenta años, expuesto a la intemperie, un modelo de penitencia y de santidad para todos. Ahora consultemos a los Padres latinos. Vosotros escucharéis a San Gregorio diciendo claramente: *Muchos alcanzan la fe, pero pocos hasta el reino celestial.* San Anselmo declara: *Hay pocos que se salvan.* San Agustín

afirma aún más claramente: *Por lo tanto, pocos se salvan en comparación de aquellos que son condenados.* El más terrible, sin embargo, es San Jerónimo. Al final de su vida, en presencia de sus discípulos, él dijo estas terribles palabras: *Fuera de cien mil personas cuyas vidas han sido siempre malas, encontrarán apenas una que es digna de indulgencia.*

Las palabras de la Sagrada Escritura:

Pero ¿por qué buscar las opiniones de los Padres y teólogos, cuando la Sagrada Escritura resuelve la pregunta con tanta claridad? Buscad en el Antiguo y Nuevo Testamento, y vosotros encontraréis una multitud de figuras, símbolos y palabras que señalan claramente esta verdad, muy pocos se salvan: En el tiempo de Noé, la raza humana entera quedó sumergida por el Diluvio, y sólo ocho personas fueron salvadas en el Arca. San Pedro dice: *Esta arca, es la figura de la Iglesia.* mientras que San Agustín, añade: *Y estas ocho personas que se salvaron significa que muy pocos cristianos se salvan, porque son muy pocos los que sinceramente renuncian al mundo, y aquellos que renuncian al mundo sólo con palabras no pertenecen al misterio que representa esta arca.* La Biblia también nos dice que sólo dos hebreos de cada dos millones entraron en la Tierra Prometida después de salir de Egipto, y que sólo cuatro escaparon del fuego de Sodoma y de las otras ciudades que se incendiaron y perecieron con ésta. Todo esto significa que el número de los condenados que será arrojado al fuego como paja es mucho mayor que la de los salvados, que el Padre celestial un día reunirá en Sus graneros, como trigo precioso.

No acabaría si yo tuviera que señalar todas las figuras, por las que la Sagrada Escritura confirma esta verdad; contentémonos con escuchar al oráculo viviente de la Sabiduría Encarnada. ¿Qué le respondió Nuestro Señor a aquel hombre curioso en el Evangelio que le preguntó: *Señor, ¿son pocos los que se salvan?* ¿Guardó silencio? ¿Respondió con dificultad? ¿Ocultó su pensamiento por temor a asustar a la gente? No. Interrogado por uno solo, se dirigió a todos los presentes. Les dijo: *¿Vosotros me preguntáis si sólo unos pocos se salvan?* He aquí mi respuesta: *Esforzaos por entrar por la puerta angosta; porque muchos, os digo, tratarán de entrar y no podrán.* ¿Quién habla aquí? Es el Hijo de Dios, la Verdad Eterna, que en otra ocasión, dice aún más claro: *Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos.* Él no dice que todos son llamados y que de todos los hombres, pocos son los elegidos, sino que muchos

son los llamados; lo que significa, como San Gregorio explica, que de todos los hombres, muchos son los llamados a la Verdadera Religión, pero de ellos pocos se salvan. Hermanos, estas son las palabras de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Son claras? Son verdaderas. Díganme ahora si es posible que ustedes tengan fe en su corazón y no tiemblen.

La salvación en los diferentes Estados de Vida:

Pero, ¡ah!, veo que al hablar de esta manera a todos en general, me salgo de mi punto. Así que vamos a aplicar esta verdad a varios estados de vida. ¿Hay algún estado en el mundo más favorable a la inocencia en la que la salvación parece más fácil y del cual la gente tiene una idea más elevada que la de los sacerdotes, los lugartenientes de Dios? A primera vista, quién no creería que la mayoría de ellos no sólo son buenos sino incluso perfectos; sin embargo, estoy horrorizado cuando escucho a San Jerónimo declarar que aunque el mundo está lleno de sacerdotes, apenas uno de cada cien está viviendo en un manera conforme con su estado; cuando oigo a un siervo de Dios diciendo que ha aprendido por revelación que el número de sacerdotes que caen en el infierno cada día es tan grande que le parece imposible que quede alguno en la tierra; cuando oigo a San Juan Crisóstomo exclamando con lágrimas en sus ojos: *No creo que muchos sacerdotes se salven; yo creo lo contrario, que el número de los que son condenados es mayor.*

Mira aún más alto, y mira a los prelados de la Santa Iglesia, pastores que tienen a cargo las almas. ¿Es el número de los que se salvan entre ellos mayor al número de los que son condenados? Escuchad a Cantimpré y sacad vosotros mismos las conclusiones. Hubo un sínodo que se celebró en París, y un gran número de obispos y pastores que tenían a cargo las almas estuvieron presentes; el rey y los príncipes también fueron a añadir lustre a esa asamblea con su presencia. Un famoso predicador fue invitado a predicar. Mientras estaba preparando su sermón, un horrible demonio se le apareció y le dijo: *Pon tus libros a un lado. Si quieres dar un sermón que será útil para los príncipes y prelados, alégrate con decirles esto de nuestra parte, Nosotros los príncipes de las tinieblas les agradecemos, príncipes, prelados y pastores de almas, que debido a su negligencia, la mayor parte de los fieles son condenados; además, estamos guardando una recompensa para vosotros por éste favor, cuando vosotros estéis con nosotros en el Infierno.*

¡Ay de vosotros que mandáis a otros! Si tantos son condenados por vuestra culpa, ¿qué va a pasar con vosotros? Si pocos de los que son primeros en la Iglesia de Dios se salvan, ¿qué va a pasar con vosotros? Tomemos todos los estados, ambos sexos, todas las condiciones: esposos, esposas, viudas, mujeres jóvenes, hombres jóvenes, soldados, comerciantes, artesanos, pobres y ricos, nobles y plebeyos. ¿Qué podemos decir acerca de todas estas personas que están viviendo tan mal? El siguiente relato de San Vicente Ferrer os mostrará una realidad muy trágica. Relata que un archidiácono en Lyon renunció a su cargo y se retiró a un lugar desierto para hacer penitencia, y que murió el mismo día y hora que San Bernardo. Después de su muerte, se le apareció a su Obispo y le dijo: *Sepa, Monseñor, que en el mismo momento que morí, treinta y tres mil personas también murieron. De esta cifra, Bernardo y yo fuimos al Cielo sin demora, tres se fueron al purgatorio, y todos los demás cayeron en el Infierno.*

Nuestras crónicas relatan un suceso aún más terrible. Uno de nuestros hermanos, bien conocido por su doctrina y santidad, estaba predicando en Alemania. Representó la fealdad del pecado de impureza tan fuertemente que una mujer cayó muerta de tristeza en frente de todos. Luego, volviendo a la vida, dijo: *Cuando fui presentada ante el Tribunal de Dios, sesenta mil personas llegaron al mismo tiempo de todas partes del mundo; de ese número, tres fueron salvadas al ir al purgatorio, y todo el resto fueron condenadas.*

¡Oh abismo de los juicios de Dios! ¡Fuera de treinta mil, sólo cinco se salvaron! ¡Y fuera de sesenta mil, sólo tres se fueron al Cielo! Vosotros pecadores que me estáis escuchando, ¿en qué categoría vais a ser numerados?... ¿Qué decís?... ¿Qué pensáis?...

Veo a casi todos vosotros bajar la cabeza, llenos de asombro y horror. Pero vamos a poner nuestro estupor a un lado, y en lugar de halagarnos a nosotros mismos, tratemos de sacar algún provecho de nuestro miedo. ¿No es cierto que hay dos caminos que conducen al Cielo: la inocencia y el arrepentimiento? Ahora, si os muestro que muy pocos toman uno de estos dos caminos, como personas racionales llegaréis a la conclusión de que muy pocos se salvan. Y para mencionar las pruebas: ¿en qué edad, empleo o condición encontraréis que el número de los malos no es cien veces mayor al de los buenos?, y sobre el

cual uno podría decir: *Los buenos son tan raros y los malvados son tan grandes en número.* Podríamos decir de nuestro tiempo lo que Salviano dijo del suyo: *Es más fácil encontrar una innumerable multitud de pecadores, inmersos en toda clase de iniquidades que a unos pocos hombres inocentes.* ¿Cuántos servidores son totalmente honestos y fieles en sus funciones?, ¿cuántos comerciantes son justos y equitativos en su comercio?, ¿cuántos artesanos exactos y veraces?, ¿cuántos vendedores desinteresados y sinceros?, ¿cuántos hombres de la ley no abandonan la equidad?, ¿cuántos soldados no pisan al inocente?, ¿cuántos señores no retienen injustamente el salario de quienes les sirven, o no tratan de dominar a sus inferiores? En todas partes, los buenos son raros y los malvados en gran número. ¿Quién no sabe que hoy en día hay tanto libertinaje entre los hombres maduros, libertad entre las jóvenes, vanidad entre las mujeres, sensualidad en la nobleza, corrupción en la clase media, disolución en el pueblo, impudencia entre los pobres?, que uno podría decir lo que David dijo de su época: *Todos por igual se han ido por mal camino... no hay ni siquiera uno que haga el bien, ni siquiera uno.*

Id a la calle y a la plaza, al palacio y a la casa, a la ciudad y al campo e incluso al templo de Dios. ¿Dónde se encuentra la virtud? ¡Ay! grita Salviano: *Salvo por un número muy pequeño que huye del mal, ¿qué es la asamblea de los cristianos si no un sumidero de vicio?* Todo lo que podemos encontrar en todas partes es el egoísmo, la ambición, la gula y el lujo. ¿No está la mayor proporción de hombres contaminados con el vicio de la impureza?, ¿y no está San Juan correcto al decir: El mundo entero -si algo tan atroz se podría decir así- está sentado en la perversión. Yo no soy el que os dice esto; la razón os obliga a creer que de aquellos que viven tan mal, muy pocos se salvan.

Pero vosotros diréis: ¿Puede la penitencia reparar la pérdida de la inocencia? Eso es cierto, lo admito. Pero también sé que la penitencia es muy difícil en la práctica, hemos perdido la costumbre de manera tan completa, y es tan maltratada por los pecadores, que esto sólo debería ser suficiente para convenceros de que muy pocos se salvan por éste camino. ¡Oh, cuán empinada, estrecha, espinosa, horrible de ver y difícil de escalar que es! Dondequiera que miremos, vemos rastros de sangre y cosas que atraen tristes recuerdos. Muchos se debilitan a la vista de ella. Muchos se retiran al primer momento. Muchos caen de cansancio en el medio, y muchos se rinden miserablemente al final. ¡Y cuán pocos son los que perseveran en ella hasta la muerte! San Ambrosio dice

que es más fácil encontrar hombres que han mantenido su inocencia que encontrar hombres que han hecho penitencia apropiada.

Si se considera el sacramento de la penitencia, ¡hay tantas confesiones distorsionadas, tantas excusas estudiadas, tantos arrepentimientos engañosos, tantas falsas promesas, tantas resoluciones inútiles, tantas absoluciones inválidas! ¿Se considera como válida la confesión de alguien que se acusa de pecados de impureza y todavía se aferra a la ocasión de ellos?, ¿o de alguien que se acusa de injusticias evidentes, sin la intención de hacer reparación alguna por ellas?, ¿o de alguien que cae de nuevo en las mismas iniquidades después de ir a la confesión? ¡Oh, los horribles abusos de tan gran sacramento! Uno se confiesa para evitar la excomunión, otro para hacer una reputación como penitente. Uno se libera de sus pecados para calmar su remordimiento, otro los oculta por vergüenza. Uno los acusa imperfectamente por malicia, otro los dice por costumbre. Uno no tiene el verdadero fin del sacramento en la mente, a otro le falta la pena necesaria, y a otro el firme propósito. Pobres confesores, ¿qué esfuerzos hacéis vosotros para atraer al mayor número de los penitentes a estos actos y resoluciones, sin los cuales la confesión es un sacrilegio, la absolución una condena y la penitencia una ilusión?

¿Dónde están ahora, los que creen que el número de los que se salvan entre los cristianos es mayor que el de los condenados y quienes, para autorizar su opinión, razonan de esta manera: la mayor parte de los católicos adultos mueren en sus camas, armados con los sacramentos de la Iglesia, por lo tanto, la mayoría de los católicos adultos se salvan? ¡Oh, qué buen razonamiento! Vosotros debéis decir exactamente lo contrario. La mayoría de los católicos adultos se confiesan mal en la muerte, por lo tanto la mayoría de ellos están condenados. Digo ¡en todo es más seguro!, porque, para una persona moribunda que no se ha confesado bien cuando se encontraba en buen estado de salud, será aún más difícil hacerlo cuando esté en cama con un corazón pesado, una cabeza inestable, una mente confusa; cuando se opone aún en muchos aspectos por objetos que aún viven, por ocasiones aún recientes, por hábitos adoptados, y sobre todo por los demonios que buscan todos los medios para echarlo al infierno. Ahora, si añaden a todos estos falsos penitentes todos los otros pecadores que mueren de forma inesperada en pecado, debido a la ignorancia de los médicos o por culpa de sus familiares, que mueren por envenenamiento o al ser enterrados en los terremotos, o en una caída, o en el

campo de batalla, en una pelea, en una trampa, alcanzados por un rayo, quemados o ahogados, ¿no sois obligados a concluir que la mayoría de adultos cristianos son condenados? Ese es el razonamiento de San Juan Crisóstomo. Este Santo dice que la mayoría de los cristianos están caminando en el camino al infierno a lo largo de su vida. ¿Por qué, entonces, estáis tan sorprendidos si decimos que el mayor número va al infierno? La respuesta, vosotros me diréis, es que la misericordia de Dios es grande. Sí, para los que le temen, dice el Profeta, pero grande es Su justicia para los que no le temen, y condena a todos los pecadores obstinados.

Así que me diréis: Bueno, entonces, ¿para quién es el paraíso, si no es para los cristianos?. Es para los cristianos, por supuesto, pero para aquellos que no deshonran su carácter y que viven como cristianos. Además, si al número de adultos cristianos que mueren en gracia de Dios, se añade el de innumerable niños que mueren después del bautismo y antes de llegar a la edad de la razón, no se sorprenderán de que San Juan Apóstol, hablando de los que se salvan, dice: *Vi una gran multitud que nadie podía contar*. Y esto es lo que engaña a aquellos que pretenden que el número de los que se salvan entre los católicos es mayor del que los que son condenados... Si a ese número, se añade el de los adultos que han mantenido el manto de la inocencia, o que después de haberlo manchado, lo han lavado en las lágrimas de la penitencia, es cierto que se salva un mayor número; y que explica las palabras de San Juan, ¡Yo vi una gran multitud!, y estas otras palabras de Nuestro Señor, ¡Muchos vendrán de oriente y de occidente, y harán fiesta con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos!, y las otras figuras que suelen citarse a favor de esa opinión. Pero si estamos hablando de los cristianos adultos, la experiencia, la razón, la autoridad, la propiedad y la Escritura, todos están de acuerdo en aprobar que el mayor número es condenado. No creas que por esto, el paraíso está vacío; por el contrario, es un reino muy poblado. Y si los condenados son tan numerosos como la arena en el mar, los salvados son tan numerosos como las estrellas del cielo, es decir: tanto el uno como el otro son innumerables, aunque en proporciones muy diferentes.

Un día San Juan Crisóstomo, predicando en la catedral de Constantinopla, y teniendo en cuenta estas proporciones, no podía dejar de temblar de horror y preguntar: *Fuera de éste gran número de personas, ¿cuántos creen que se van a salvar?* Y sin esperar una respuesta, añadió: *Entre tantos miles de personas,*

no encontraríamos un centenar que se salvaran, e incluso dudo de los cien. ¡Qué cosa tan horrible! El gran santo cree que de tantas personas, apenas cien se salvarían, y aún peor, no estaba seguro de esa cifra. ¿Qué os pasará a vosotros que me estáis escuchando? ¡Dios mío, no puedo pensar en esto sin estremecerme! Hermanos, el problema de la salvación es una cosa muy difícil, pues de acuerdo a las máximas de los teólogos, cuando un fin exige grandes esfuerzos, sólo unos pocos logran alcanzarlo. Por eso, Santo Tomás, el Doctor Angelical llegó a la conclusión de que el mayor número de católicos adultos son condenados. Él dice: *Debido a que la beatitud eterna sobrepasa al estado natural, sobre todo porque ha sido privado de la gracia original, es un pequeño número el que se salva.* Entonces, quitaos las vendas de los ojos que os ciega con el amor propio, que os impide creer una verdad tan obvia dándoles ideas muy falsas acerca de la justicia de Dios. ¡Padre Justo, el mundo no Te ha conocido!, dijo Nuestro Señor Jesucristo. Él no dice “Padre Todopoderoso, Bondadoso y Misericordioso.” Dice ¡Padre Justo!, por lo que podemos entender que, de todos los atributos de Dios, ninguno es más conocido que Su justicia, porque los hombres se niegan a creer lo que tienen miedo a sufrir. Por lo tanto, quitaos las vendas que cubren vuestros ojos y decid entre lágrimas: ¡Ay! ¡El mayor número de católicos, el mayor número de personas que viven aquí, incluso tal vez de los que están en esta asamblea, se condenará! ¿Qué tema podría ser más merecedor de sus lágrimas?

El rey Jerjes, de pie sobre una colina, mirando a su ejército de cien mil soldados en orden de combate, y considerando que de todos ellos no habría un solo hombre vivo en cien años, no pudo contener sus lágrimas. ¿No tenemos más razón para llorar al pensar que de tantos católicos, el mayor número será condenado? ¿Acaso éste pensamiento no hará a nuestros ojos derramar ríos de lágrimas, o al menos producirá en nuestro corazón el sentimiento de compasión que sintió un hermano agustino llamado Marcelo de Santo Domingo? Un día, mientras estaba meditando sobre los sufrimientos eternos, el Señor le mostró cuántas almas se estaban yendo al infierno en ese momento y le hizo ver un camino muy amplio en el que veintidós mil reprobados fueron corriendo hacia el abismo, chocándose entre sí. El siervo de Dios se quedó estupefacto ante la visión y exclamó: *¡Oh, qué número! ¡Qué número! Y aún vienen más. ¡Oh Jesús!. ¡Oh Jesús!. ¡Qué locura! Dejadme repetir con Jeremías: ¿Quién le dará agua a mi cabeza, y una fuente de lágrimas a mis ojos? Y lloraré día y noche por los muertos de la hija de mi pueblo.*

¡Pobres almas! ¿Cómo se puede correr tan de prisa hacia el infierno? Por amor a la piedad, deteneos y escuchadme un momento! ¿Entendéis lo que significa ser salvados y ser condenados por toda la eternidad, o no? Si vosotros entendéis y a pesar de eso, no decidís cambiar vuestra vida hoy, hacer una buena confesión y pisotear al mundo yo digo que no tenéis fe. Saber que podemos ser salvados por toda la eternidad o ser condenados por toda la eternidad, y no hacer todo esfuerzo para evitar uno y asegurarse del otro, es algo inconcebible.

La Bondad de Dios:

Tal vez vosotros todavía no creéis en la terrible verdad que os acabo de enseñar. Pero son la mayoría de los teólogos altamente considerados, los Padres más ilustres que han hablado a través de mí. Entonces, ¿cómo se pueden resistir a razones con el apoyo de tantos ejemplos y las palabras de la Escritura? Si vosotros aún no os decidís, a pesar de esto, y si vuestras mentes se inclinan a la opinión contraria, ¿esta consideración no basta para hacerlos temblar? Oh, ¡esto muestra que no os importa mucho su salvación! En esta importante cuestión, un hombre sensato es golpeado con más fuerza por una mínima duda del peligro que corre, que por la evidencia de la ruina total en otros asuntos en los que el alma no está implicada. Uno de nuestros hermanos, Giles de Asís, tenía la costumbre de decir que si un sólo hombre iba a ser condenado, él haría todo lo posible para asegurarse de que no fuera ese hombre... Entonces, ¿qué debemos hacer nosotros que sabemos que la mayor parte va a ser condenada, y no sólo de todos los católicos? ¿Qué debemos hacer? Tomar la resolución de pertenecer al pequeño número de los que se salvan. Vosotros diréis: Si Cristo quería condenarme, ¿entonces por qué me creó? ¡Silencio, lengua precipitada! Dios no creó a nadie para condenarlo; sino que aquel que está condenado, está condenado porque quiere estarlo. Por lo tanto, voy a tratar de defender la bondad de mi Dios y de absolverla de toda culpa: que será el tema del segundo punto.

Antes de continuar, vamos a reunir a un lado todos los libros y todas las herejías de Lutero y Calvino, y en el otro lado los libros y las herejías de los pelagianos y semipelagianos, y vamos a quemarlos. Algunos destruyen la gracia, otros la libertad, y todos están llenos de errores; así que los echamos en el fuego. Todos los condenados tienen en frente suyo el oráculo del profeta

Oseas: *Tu condena proviene de ti*. De modo que podéis entender que todo el que está condenado, está condenado por su propia malicia y porque quiere estar condenado.

Primero vamos a tomar estas dos verdades innegables como base: *Dios quiere que todos los hombres se salven, Todos se encuentran en necesidad de la gracia de Dios*. Ahora, si me mostráis que Dios quiere salvar a todos los hombres, y que para ello les da a todos ellos Su gracia y todos los demás medios necesarios para obtener este fin sublime, estaréis obligados a aceptar que quien está condenado debe imputarlo a su propia malicia, y que si el mayor número de cristianos son condenados, es porque quiere serlo. ¡Tu maldición proviene de ti; tu ayuda es sólo en Mí!

Dios quiere que todos los hombres se salven:

En un centenar de lugares en las Sagradas Escrituras, Dios nos dice que es realmente su deseo el de salvar a todos los hombres: *¿Es acaso mi voluntad que el pecador muera, y no que se convierta de sus caminos?... Vivo yo, dice el Señor. Yo no deseo la muerte del pecador. Si se convierte, vivirá*. Cuando alguien quiere algo mucho, se dice se está muriendo del deseo. Pero Dios ha querido y aún quiere nuestra salvación, tanto que murió de deseo, y sufrió la muerte para darnos vida. Esta voluntad de salvar a todos los hombres no es por lo tanto una voluntad superficial y aparente en Dios; es una voluntad real, efectiva, y beneficiosa; porque Él nos da los medios más adecuados para ser salvos. Nos los da con la intención de que podamos obtener su efecto. Y si no lo obtenemos, se muestra afligido y ofendido por ello.

Es más, porque Dios ve que ni siquiera podemos hacer uso de Su gracia sin Su ayuda, Él nos da otras ayudas; y si continúan ineficaces es nuestra culpa; porque con estas mismas ayudas, se puede abusar y ser condenados con ellas, más otro con ellas puede hacer el bien y ser salvo. San Agustín exclama: *Si, por tanto, alguien se aparta de la justicia, éste es llevado por su libre voluntad, encabezada por su concupiscencia, engañado por su propia convicción*. Pero para aquellos que no entienden teología, esto es lo que les tengo que decir: Dios es tan bueno que cuando ve a un pecador corriendo a su ruina, corre detrás de él, le llama, le suplica y lo acompaña hasta las puertas del Infierno, ¿qué no hará para convertirlo?. Le envía buenas inspiraciones y pensamientos santos, y

en caso de que no saque provecho de ellos, Él se enoja y se indigna, Él le persigue. ¿Le golpeará? No, Él golpea el aire y lo perdona. Pero el pecador no se convierte todavía. Dios le envía una enfermedad mortal; sin duda, es todo para él. ¡No, hermanos! Dios lo cura; el pecador se obstina en el mal, y Dios en su misericordia, busca otro camino; Él le da un año más, y cuando éste año pasa, es más, le concede otro. Pero si el pecador todavía quiere arrojarse al infierno a pesar de todo esto, ¿qué hace Dios?, ¿le abandona? No, Él lo toma de la mano, y mientras que él tiene un pie en el infierno y el otro fuera, Él le predica y le implora que no abuse de Sus gracias. Ahora les pregunto, si ese hombre es condenado, ¿no es cierto que es condenado en contra de la voluntad de Dios y porque quiere ser condenado... Pecador ingrato, aprende hoy que si eres condenado, no es Dios quien tiene la culpa, sino eres tú y tu propia voluntad.

Hermanos, debéis saber que la creencia más antigua es la Ley de Dios, y que todos la llevamos escrita en nuestros corazones; que se puede aprender sin maestro, y que basta con tener la luz de la razón para conocer todos los preceptos de esta Ley. Por eso incluso los bárbaros se escondieron cuando cometieron pecado, porque sabían que estaban haciendo mal; y que son condenados por no haber observado la ley natural escrita en sus corazones, porque si la hubieran observado, Dios habría hecho un milagro en lugar de dejarlos que fueran condenados. Él les habría enviado a alguien para que les enseñara y les hubiera dado otras ayudas, de las que se hicieron indignos por no vivir en conformidad con las inspiraciones de su propia conciencia, que nunca dejó de advertirles del bien que deberían hacer y el mal que deberían evitar. Así que es su conciencia, la que los acusó en el Tribunal de Dios, y les dice constantemente en el infierno: ¡tu condena proviene de ti! Ellos no saben qué responder y se ven obligados a confesar que son merecedores de su suerte. Ahora bien, si estos infieles no tienen excusa, ¿habrá alguna para un católico que tenía tantos sacramentos, tantos sermones, tantas ayudas a su disposición? ¿Cómo se atreve a decir: “Si Dios iba a condenarme, ¿por qué me ha creado?”. ¿Cómo se atrevería a hablar de esta manera, cuando Dios le da tantas ayudas para ser salvo? Así que terminemos frustrándole... ¡Vosotros, que estáis sufriendo en el abismo, contestadme! ¿Hay católicos entre vosotros? *¡Por cierto que hay!* ¿Cuántos? Que uno de ellos venga aquí *¡Eso es imposible, están demasiado abajo, y para poder hacer que ellos vengan arriba tendríamos que poner todo el infierno de cabeza; sería más fácil detener a uno de ellos que esté cayendo adentro!*

Así pues, me dirijo a vosotros que vivís en el hábito de pecado mortal, en el odio, en el fango del vicio de la impureza, y que os acercáis al infierno cada día. Detente, y da la vuelta, es Jesús quien te llama y quien con sus heridas, así como con tantas voces elocuentes, te grita: *Hijo mío, si eres condenado, sólo te puedes culpar a ti mismo. Tu condenación proviene de ti. Alza tus ojos y ve todas las gracias con las que te he enriquecido para asegurar tu salvación eterna. Te podría haber hecho nacer en un bosque en Babaria, que es lo que hice con muchos otros, pero Yo te hice nacer en la Iglesia Católica; te puse un padre tan bueno, una madre excelente, con las más puras instrucciones y enseñanzas. Si eres condenado a pesar de esto, ¿quién tiene la culpa? Tu propia culpa es, Hijo mío, tu propia culpa: ¡Tu condenación proviene de ti!*

Yo te podía haber echado en el infierno después del primer pecado mortal que cometiste, sin esperar al segundo; lo hice a tantos otros, pero fui paciente contigo, te esperé durante muchos largos años. Todavía te estoy esperando hoy en la Penitencia. Si eres condenado, a pesar de todo eso, ¿de quién es la culpa? Tu culpa es, hijo mío, tu propia culpa: ¡Tu condena proviene de ti! Tú sabes cuántos han muerto ante tus propios ojos y fueron condenados, ésta era una advertencia para ti. Tú sabes cuantos otros he puesto por el buen camino para darte el buen ejemplo. ¿Recuerdas lo que ese excelente confesor te dijo? Yo soy el que hizo que lo dijera. ¿No te ordenó cambiar tu vida, para hacer una buena confesión? Yo soy el que lo inspiró. ¿Recuerdas aquel sermón que tocó tu corazón? Yo soy el que te llevó ahí. Y lo que pasó entre tú y Yo en el secreto de tu corazón que nunca podrás olvidar.

Esas inspiraciones interiores, ese conocimiento claro, ese constante remordimiento de conciencia, ¿te atreves a negarlos? Todas estas fueron tantas ayudas de Mi gracia, porque quería salvarte. Te las di a ti porque te amaba tiernamente. Hijo mío, hijo mío, si Yo le hubiera hablado a otros con tanta ternura como me dirijo a ti hoy, ¿cuántas almas hubieran vuelto al camino correcto? Y tú... me das la espalda. Escucha lo que te voy a decir, pues estas son mis últimas palabras: Tú me has costado mi sangre; si quieres ser condenado a pesar de la sangre que derramé por ti, no me culpes, sólo a ti mismo te puedes acusar; y por toda la eternidad, no olvides que si eres condenado a pesar de mí, eres condenado porque quieres ser condenado: ¡Tu condena proviene de ti!

Oh, mi buen Jesús, las piedras mismas se partirían al oír palabras tan dulces, expresiones tan tiernas. ¿Hay alguien aquí que quiera ser condenado, con tantas gracias y ayudas? Si hay uno, dejadle que me escuche, y que se resista si puede... Pecadores os suplico de rodillas, con la sangre de Cristo y el Corazón de María, que cambiéis vuestras vidas. Volved al camino que conduce al Cielo, y haced todo lo posible por pertenecer al pequeño número de los que se salvan. Pues bien, échate a los pies de Jesucristo, y dile, con lágrimas en los ojos y el corazón contrito:

Señor, confieso que hasta ahora no he vivido como cristiano. No soy digno de ser contado entre tus elegidos. Reconozco que merezco ser condenado; pero tu misericordia es grande y lleno de confianza en tu gracia, Te digo que quiero salvar mi alma, aunque tenga que sacrificar mi fortuna, mi honor, y hasta mi vida, con tal que sea salvado. Si he sido infiel hasta ahora, me arrepiento, deploro, detesto mi infidelidad, te pido humildemente que me perdones por ello. Perdóname, buen Jesús, y también fortaléceme, para que pueda ser salvado. Te pido no la riqueza, ni el honor ni la prosperidad; te pido una sola cosa, que salves mi alma.

Y tú, ¡oh Jesús!, ¿qué dices? ¡Oh buen Pastor, mira a la oveja descarriada que vuelve a ti; abraza a este pecador arrepentido, bendice sus suspiros y sus lágrimas.

Hermanos, a los pies de Nuestro Señor, digámosle que queremos salvar nuestra alma, cueste lo que cueste. Pongámonos todos a decirle con los ojos llenos de lágrimas, ¡Buen Jesús, yo quiero salvar mi alma! ¡Oh, benditas lágrimas, benditos suspiros!

Conclusión:

Hermanos, quiero despediros a todos vosotros consolados hoy. Así que si preguntan mi sentimiento acerca del número de los que se salvan, aquí está: si hay muchos o pocos los que se salvan, digo que todo aquel que quiere ser salvo, será salvo; y que nadie puede ser condenado si no quiere serlo. Y si bien es cierto que pocos se salvan, es porque hay pocos que viven bien.

Por lo demás, comparad estas dos opiniones: la primera afirma que son condenados el mayor número de católicos. La segunda, por el contrario,

pretende que se salvan el mayor número de católicos. Imaginaos a un ángel enviado por Dios para confirmar la primera opinión, viene a decir que no sólo son la mayoría de los católicos condenados, sino que de esta reunión de todo estos aquí presentes, uno solo será salvo. Si obedeces los mandamientos de Dios, si detestas la corrupción de éste mundo, si abrazas la cruz de Jesucristo en un espíritu de penitencia, serás ese uno que se salvará.

Ahora imagínense al mismo ángel que regrese a vosotros confirmando la segunda opinión. Él os dice que no sólo son la mayor parte de los católicos salvados, sino que de todos en esta reunión, uno solo va a ser condenado y todos los demás salvados. Si después de esto, continúas con tus usuras, tus venganzas, tus acciones criminales, tus impurezas, entonces serás ése uno que será condenado.

¿Cuál es el uso de saber si muchos o pocos se salvan? San Pedro nos dice: *Esfuérzate con las buenas obras para hacer tu elección segura*. Cuando la hermana de Santo Tomás de Aquino le preguntó qué debía hacer para ir al cielo, éste dijo: *Serás salva si deseas serlo*. Yo os digo lo mismo a vosotros, y aquí está la prueba de mi declaración. Nadie es condenado si no comete pecado mortal, eso es de la fe. Y nadie comete un pecado mortal, a menos que quiera, que es una proposición teológica innegable. Por lo tanto, nadie va al infierno a menos que quiera; la consecuencia es obvia. ¿Acaso eso no es suficiente para consolaros a vosotros? Llorad por los pecados del pasado, haced una buena confesión, no pequéis más en el futuro, y todos seréis salvos. ¿Por qué te atormentes así? Porque es cierto que hay que cometer pecado mortal para ir al infierno, y que para cometer pecado mortal debes de querer hacerlo, y como consecuencia, nadie va al infierno a menos que quiera. Esto no es sólo una opinión, es una verdad innegable y muy reconfortante; Dios os haga entender, y que Él los bendiga. Amén.

En las primeras normas sobre el discernimiento de espíritus, San Ignacio pone de manifiesto que es típico del espíritu del mal tranquilizar a los pecadores. Por lo tanto, debemos predicar constantemente y dar lugar a la confianza y a la esperanza en el perdón y la misericordia infinitas del Señor, para que la conversión sea fácil y su gracia omnipotente. Pero también debemos recordar que Dios no puede ser burlado, y que alguien que vive habitualmente en el estado de pecado mortal está en el camino a la condenación eterna.

Hay milagros de último minuto, pero a menos que sostengamos que los milagros son la generalidad de las cosas, estamos obligados a aceptar que para la mayoría de las personas que viven en el estado de pecado mortal, la condenación final es la posibilidad más probable.

La doctrina de San Leonardo de Porto Maurizio ha salvado y salvará innumerables almas hasta el fin del tiempo. Esto es lo que dice la Iglesia en la oración del Oficio Divino, Lección Sexta, hablando de la elocuencia celestial, San Leonardo: *Al oírle, hasta los corazones de hierro y bronce fueron fuertemente inclinados a la penitencia, con motivo de la sorprendente eficacia de la predicación y celo ardiente del predicador. Y en la oración litúrgica pedimos al Señor, ¡Danos Señor el poder para doblar el corazón endurecido de los pecadores!*

Éste sermón de San Leonardo de Porto Maurizio se predicó durante el reinado del Papa Benedicto XIV, que tanto amó al gran misionero.